

Un extraño encuentro

Autora

Elena Cerón Fernández

Accésit

Categoría A • 14-18 AÑOS

2014

Autora

Elena Cerón Fernández

Cantabria, 1996

Graduada en Historia por la Universidad de Cantabria (2018) y Máster en Prehistoria y Arqueología, con especialidad en Arqueología de la Antigüedad, por la misma Universidad (2019). Actualmente, se encuentra realizando estudios de Doctorado en Ciencias de la Antigüedad como Investigadora Contratada Predoctoral en la Universidad de Cantabria, Combina su labor investigadora con la docencia universitaria y la eventual colaboración en excavaciones arqueológicas (las últimas campañas, en los yacimientos de Iuliobriga y Camesa-Rebolledo, en Cantabria). Ha realizado varios cursos de formación en estudios de Egipto y Próximo Oriente Antiguos, siendo el más reciente el programa de la Université d'été en Langues de l'Orient" (1-10 de julio de 2021), recibió el Prix de la Relève Académique 2021, otorgado al mejor estudiante de la edición. Participo en el XXXIV Certamen Ciceronianum Arpinas obteniendo el Primer Premio por la Subdelegación de Cantabria de la SEEC (Sociedad Española de Estudios Clásicos) y el Segundo Premio por la Delegación de Oviedo de la SEEC en la fase regional del Certamen, celebrada en Oviedo y Santander (21 de febrero de 2014). Ha sido premiada, en dos ocasiones, como ganadora del Concurso de Microrrelatos Navideños de la Escuela Oficial de Idiomas de Santander (en 2019, por el Dpto. de Francés y, en 2020, por el Dpto. de Italiano).

UN EXTRAÑO ENCUENTRO

Elena Cerón Fernández

Salí del taller con intención de dirigirme a las Estancias Vaticanas. Hacía un año que el gran Miguel Ángel había terminado los frescos de la bóveda de la capilla, casi al mismo tiempo que mi maestro las salas contiguas. Desde entonces iba allí a menudo; disfrutaba contemplando las obras de ambos pintores, aprendiendo de ellas e intentando imitarlas cada vez que regresaba a casa. Normalmente no había nadie, ya que la mayoría de las misas se celebraban en la Basílica. Pero esta vez, cuando llegué, un hombre de unos sesenta años observaba con atención *La creación de Adán*, pintada en la bóveda. Estaba de espaldas, pero eso no le impidió enterarse de mi presencia.

Hermosas, ¿verdad? —exclamó—. Es asombroso lo que un hombre puede hacer con los productos que la naturaleza tan generosamente le ofrece. Ella crea los materiales, crea al artista y le muestra su hermosura esperando, quizá, que sea capaz de plasmarla en lienzo, conocedora de su inevitable desaparición. La belleza perece en la vida, pero es inmortal en el arte.

Y, sin embargo —respondí—, hay hombres que no saben valorarla, que sólo se preocupan por financiar el mayor retablo o la escultura más grande, simplemente para presumir de su poder y magnificencia.

En ese momento el hombre se giró y permaneció un momento observándome con curiosidad. Tenía una barba blanca muy larga que contrastaba con la calvicie que comenzaba a invadir su cabeza.

- ¿Quién eres tú, muchacho? –me preguntó con el ceño fruncido-.

Giulio Pippi, señor –contesté-, aunque me suelen llamar Giulio Romano.

¿Te gusta el arte?

Sí, señor. Soy aprendiz del maestro Sanzio.

¿Sanzio? –parecía extrañado-.

Rafael, señor.

Sí, lo sé. Le conozco. ¿Y qué hace un chico como tú trabajando para ese hombre?

Es un gran artista, señor. Trabajo para él desde que tengo uso de razón. Me gustaría llegar a ser como él algún día, aunque dudo que lo consiga.

Mediocre alumno el que no sobrepasa a su maestro.

No lo dijo con mala intención, pero no pude evitar molestarme. Quise replicar, pero se dio la vuelta y siguió mirando los frescos.

Fíjate en Miguel Ángel –dijo con admiración-. Tres años estudiando arte y con estas pinturas ha logrado sobrepasar a todos los que hasta ahora eran considerados genios.

Dicen, no obstante, que no era su deseo realizarlas. Dicen que su pasión siempre ha sido la escultura, ciencia de la tierra, que trabaja la piedra como lo haría un constructor.

- La escultura no es una ciencia, sino un arte totalmente mecánico que provoca sudor y fatiga corporal a su realizador... Lo cubre de polvo y le deja el rostro pastoso y enharinado de polvo de mármol, como un molinero. Salpicado de esquirlas, parece cubierto de copos de nieve, y su habitación está sucia y repleta de escombros y del polvo de la piedra.

Su franqueza me atraía. Me pregunté cómo un simple hombre podía menospreciar la obra de un genio como Miguel Ángel, y llegué a la conclusión de que, tal vez, el anciano que tenía ante mí no era un simple hombre, lo que hizo aumentar mi curiosidad.



Parece que sabéis de lo que habláis –inquirí con cautela-. Con mi maestro he visitado a varios artistas de esta ciudad, y no recuerdo que vuestra merced estuviese entre ellos. ¿Quién sois, señor? –me atreví a preguntar-. ¿Qué hacéis en Roma?

Roma no es sino otro de mis muchos lugares de paso –comenzó a relatar. Vine siguiendo a mi protector, Giuliano de Medici, cuyo hermano ahora es el obispo de esta ciudad. Traía grandes expectativas, pero no bien llegué comenzaron mis disputas con unos trabajadores alemanes –su semblante cambió de pronto, tornándose serio-. Porque no soy instruido algunos presuntuosos creen poder vituperarme alegando que no soy un humanista. Estúpida casta... Dirán que, al no tener instrucción, no puedo decirles lo que quiero expresar. Dirán que, por no ser yo un hombre de letras, no puedo expresar bien lo que deseo tratar. Pero ellos no saben que mis cosas han de ser tomadas, más que de las palabras ajenas, de la experiencia, que es la maestra de quien bien escribe, y como tal la tomo de maestra y en todos los casos la halagaré.

Habláis pestes de esos hombres.

¡No he de hablar! –ahora parecía enfadado-. Andan, inflados y pomposos, vestidos y adornados no por sus trabajos, sino por los de otros, y discuten los míos, a mí, que soy inventor y tan superior a ellos, engañadores y declamadores, recitadores de las obras de otros y, por lo tanto, despreciables.

No sabía qué responder. Amedrentado, callé. Él se dio cuenta, suspiró y terminó por contestar a la pregunta que inicialmente le había hecho.

Por encargo del papa León X, debo estudiar un proyecto de secado de las Lagunas Pontinas –habló sin ningún tipo de entonación, impasible ante lo que estaba diciendo-.

¿Cómo a vuestra merced, que tan sabio e instruido parece, a pesar de lo que digan las malas lenguas, por las cosas que osa decir, le es encomendada una tarea de tan poca trascendencia? –en verdad me extrañaba-. ¡Deberíais estar realizando maravillas como ésta! –exclamé señalando hacia arriba-.

El hombre sonrió, brevemente, como si yo hubiese revelado un pensamiento que él guardaba para sí, y luego dijo:

- Eso ya no es para mí. He ofendido a Dios y a la humanidad porque mi trabajo no tuvo la calidad que debía haber tenido. ¡Adiós, Giulio Romano! –me dijo poniendo su mano sobre mi hombro-. Espero que logres llegar a donde te propones.

Y acto seguido se fue, dejándome allí, pasmado, admirado por sus palabras e intrigado por no saber su identidad. Decidí volver al taller, pero, al salir de la capilla, algo me llamó la atención en una de las pinturas de mi maestro, que tantas veces había visto. En *La escuela de Atenas* hay un hombre, en el centro, que representa al sabio Platón. Tiene una larga barba blanca que me resultó extrañamente familiar. No me había dado cuenta hasta que hube visto esa pintura de nuevo; el hombre con el que hasta hacía unos minutos había estado hablando era nada más y nada menos que el gran Leonardo.